

**Alejandro
Dolina**

**Crónicas del
Ángel Gris**

Alejandro Dolina
Crónicas del Ángel Gris

Tres cartas a falta de prólogo

(Pretexto de Horacio Ferrer en 1988)

Carta primera

Sr. Horacio Ferrer

Barrio de la Recoleta

Amigo Horacio:

Lo llamo amigo, sin percepciones engañosas ni desilusiones posteriores, como suelo decir.

Desconfío de la “propiedad transitiva” de la amistad, con alguna salvedad como la que me atarea en escribirle: conozco de las incontables horas compartidas —elegidamente nocturnas— y de las muy delicadas afinidades que unen a Ud. y al Negro Dolina.

Bien sé que unas y otras, lejos de haberle ocultado su talento, le han representado estímulos persistentes en la reflexión sobre la obra y la persona de Alejandro.

Aprecio su antigua insistencia sobre aquello de que “ser veraz es mejor que ser sincero”; es por eso que, ajeno a cualquier forma de la falsa camaradería que suele imperar en nuestra ciudad, no me duele confesarle, respecto de Dolina, que, de cuando en vez, he apurado mi copita del Licor del Olvido para no evocar algunas transcripciones apócrifas de mi modesto saber (quién sabe si en el sofocón de alguna entrega periodística), intercaladas por él a esas crónicas que en breve aparecerán como libro.

No necesita ser Ud. muy sagaz para advertir la pésima calidad del Licor que he tomado, cuyo efecto ha sido, más bien, un acicate para la memoria, claro que nunca para el rencor.

Consta en párrafos reproducidos por Dolina mi acendrado rechazo por toda colaboración literaria. También estos enigmáticos lunatismos orientales (pero no del “falso Oriente”, como Ud., al decir del filósofo y bandoneonista nipón Yoshinori Yoneyama), lunatismos que indefectiblemente me asaltan con el devenir del verano y las vacaciones. En esta altura del año —me cito— “yo mismo no quiero hacer lo que quiero”.

Lo uno y lo otro me han hecho desistir de la simpática idea original que me puso a redactar esta carta: hacerle juntos —Ud. y yo— un prólogo al libro de Alejandro. De tal suerte, deberá hacerlo Ud. solo.

No es conjetural que su admiración por Dolina es más que puro eco espumado a la amistad, y que su cariño no ha nacido de la estima por su obra. Los sentimientos grandes son tan difíciles de usurpar como lo son las grandes creaciones, afirmo.

Permítame, ahora, parafrasearme por vez única: “Si quieren saberlo, yo soy mis sentimientos, y quien me los robe habrá de llevarme también consigo”. En cuanto de Alejandro se trata, sé que esto le concierne.

Está bien entonces que, noche a noche, la gratitud suya por eso que Dolina es en la vida, reflexionando, haciendo, diciendo y escribiendo, haya hermosado y perfeccionado en su alma un afecto entrañable.

“Sólo los sueños y los recuerdos son verdaderos”, es convicción mía que irrita a mis enemigos, así como los suyos se fastidian cuando cita a su maestro Troilo con aquello de que “un ingrato es peor que un infidente”.

Por ambas evidencias no iré más allá de lo prudente al

recordar que hace mucho soñé que el “árbol silbador”, de la leyenda dolineana, no era tal, sino dos tipos que se tur-
naban disfrazados de jacarandá: uno llevaba medio me-
lón en la cabeza; el otro era el maestro Arnaldo Gancé.

¡Buen prólogo!, y no sea haragán: también corres-
póndame a esta epístola con una larga carta suya.

Lo abraza

Manuel Mandeb
*En el Almacén de las Cosas Perdidas
era domingo 13 de diciembre de 1987*

Carta segunda

Sr. Manuel Mandeb

Barrio de Flores

Manuel querido:

Gozando de la hospitalidad de su corazón, se me ha-
ce todavía más inquietante aceptar su implícita ponde-
ración de mi persona, proyectando —cuanto menos en
la idea— el redactar juntos un prólogo para el libro de
nuestro común amigo Dolina.

Él sostiene, con criterio que comparto, que la reco-
mendación primera para una colaboración literaria es
“elegir a un par”.

Ha desistido Ud. de su intención de escribir el prólo-
go entre los dos por principios irrefutables. A mi vez,
desisto del prólogo por carecer ante Ud. de esa cualidad
sugerida por Alejandro.

Acierta nuevamente, Manuel, al intuir que la proxi-
midad dimanada del gran afecto ha tornado más hon-
das algunas ligeras reflexiones mías sobre la personali-
dad de Alejandro Dolina. De tal modo, y visto que ya

no habrá prólogo (ni en colaboración, ni suyo ni mío), aprovecho esta respuesta a su escuela para improvisar al correr de unas líneas, lo que antes he madurado y precisado sobre íntimos y peripatéticos papelitos de pensamiento.

Hay prosas y poemas de Rafael Alberti sobre los ojos de su amigo Picasso, esclareciéndonos la hechicera faena de esos ojos en su constitutiva percepción de lo real.

*El ojo amor.
El ojo en vela,
centinela,
espuela,
candela,
el que se rebela y revela.*

En frecuentes momentos de concentración suprema —pongo sólo por caso—, los ojos, la percepción de Picasso, veían una cabra presa en la forma artesanal de juguete. Entonces, sus manos de demiurgo, sus manos de mediador entre lo finito y lo infinito, sus manos en complicidad con sus ojos “operaban” la forma “auto de juguete”, para dejar emerger en esplendorosa libertad plástica a la artística cabra.

No me equivoco si digo que es semejante a ésa la facultad primera de Alejandro: puesto él ante la publicidad de una cierta agencia de viajes, su percepción atraviesa el contenido aparente recamado de ofertas de placer. Entre descripciones de hoteles, manjares, romances, paisajes y modos de pago, logra ver lo que nosotros jamás vemos. En ese punto, Alejandro lo “opera” al aviso, dejando escurrir lo “otro” que tenía encerrado: guías que en vez de orientar al tropel turístico, juegan a “la escondida” con la ninfa de más pródiga remera; camina-

tas valija en mano bajo un sol fanático, con los pies envueltos en pequeñas banderas de remate; algún agente ya invisible al llegar los viajeros al paraíso terrenal, con la gran ilusión ya abonada antes de partir.

En ocasiones sus ojos penetran hasta el recoleto ámbito de lo que uno sabe muy bien y jamás se confiesa: “Dios guarde a los muchachos tristes de las mujeres hermosas”.

En otras más, la percepción de Dolina emancipa oscuras provincias de nuestra conducta social, desempeñando la de hipocresía y exaltando la alta dignidad humana que anida, por ejemplo, en los melancólicos: “Pero no dejemos de ser quienes somos. Si nuestra extraña condición nos ha hecho comprender el sentido adverso del mundo, agrupémonos para ayudarnos amistosamente a soportar la adversidad”.

Estos modelos entresacados de sus textos sólo en ánimo de ir perfilando los brujos ojos de Alejandro son, lo sé, tan sumarios como el que atañe a los de Picasso. Pero nos conducen al origen de su poder, fuente secreta que sólo conoceremos bajo esta luz: pertenencia de todos en todo tiempo —esto es: universal— es el teclado de la condición humana. Es lo singular de su enclave planetario lo que inspira la melodía de cada cultura en estilo y destino.

Cada cultura resulta así, amigo Manuel, un creado sonido de la existencia en el tiempo, resuelto en claves de lo particular a lo total, de lo profano a lo sagrado, de lo femenino a lo masculino, de lo cotidiano a lo histórico, de lo carnal a lo espiritual, de lo terráqueo a lo astral.

Se hace vino del fruto de la vid. Mas, hasta idénticas cepas —o razas del viñedo—, mimadas por manos de diferente empeño humano y bajo desiguales besos del sol, irrumpen desde el fondo del terrón para licuarse en vi-

nos incomparables de paladar, espesor, color, fragancia y curda.

Pasa eso con el vino favorito de Dolina: muy variado es el Vino del Recuerdo conforme a las tierras y a los modos de fermentación de los distintos pasados individuales y nacionales.

Por todo esto, resulta claro que desenmascarar recónditas verdades, de arte o pensamiento bajo realidades de esmalte, será siempre diverso en Barcelona, Avignon, París y Guernica, o en la esquina de Rivadavia y Artigas.

Este hecho irremediable que ha concedido a nuestra humanidad el atributo, día a día menos apreciado, de la variedad, da una segunda calidad a la obra de Alejandro: su contemplar el mundo con percepción de argentino, cargados sus sentidos con tradiciones, presencias y ausencias de su país, y de otras que no son de aquí, pero que dan prosperidad a las nuestras, vistas con el gran cristalino del alma sellado por la Cruz del Sur: desde el juego de las bolitas hasta las novelas de Norman Mailer.

Recursos de meditación, de invención y exposición narrativas de tan remota estirpe como la paradoja, la parábola o la ironía, fábulas, leyendas y alegorías son puestas por Alejandro al servicio de éticas y estéticas porteñas.

“Todas las noches a las dos, en una esquina de la calle Sanabria, lejos de los poderes del Ángel Gris, aparecen las Sirenas de Santa Rita. Se trata de criaturas de perversa belleza, mitad princesas y mitad milongueras.”

Otra:

“Hay una calle en Flores en la que viven todas las novias abandonadas.”

La tercera, querido Mandeb, compromete su sabiduría:

“...Manuel Mandeb comprendió que efectivamente había un secreto que algunos conocían y otros no. Y

comprendió también que la causa de la alegría no era el conocimiento del misterio sino más bien su ignorancia.”

Dentro de su percepción argentina, Alejandro Dolina divisa el Todo, radicado su ser en una villa de quintas que camino del oeste se suelda a la ciudad ya entrado el siglo XX, para consagrar un cantón clásico de Buenos Aires: el barrio de Flores; el barrio del Ángel Gris, espíritu celeste sólo capaz de humildes milagros.

En la estación del ferrocarril y en la plaza; en casas, ligustros, bares, colectivos, baños, almacenes y baldíos; en peluquerías, alcantarillas, clubes, roperos, verdulerías, hoteles y gallineros; desde la avenida Castañares hasta Juan B. Justo y desde Curapaligüe hasta San Pedrito, a más calles y sitios de barriadas vecinas, Dolina deja algo muy en claro. Flores —en Buenos Aires— es el mundo, porque el mundo entero es, a un mismo tiempo, barrio de otro mundo mayor intuido por sus revelaciones.

En la esquina que cada siete años forman en secreto dos calles paralelas, la de la vida y la de muerte, hay un buzón rojo carmín:

“En el buzón hay mil cartas; dentro de uno de los sobres hay un papel azul y en el papel una palabra, una sola, escrita con tinta sutil. En esa sola palabra se condensa todo el saber del universo.”

Y el barrio y la ciudad toda también son el mundo, porque en Buenos Aires los Rulli; Bermúdez y Herrera; Salzman, Cattaldi y Arrúa; Allen, Salinas, Mandeb, Castagnino y Joseph, forman desde hace siglo y pico el cuadro del Resto del Mundo, en consagradoria combinación de estilos nacionales para una selección muy porteña.

No dejará pasar por alto, caro Manuel, que lo hemos puesto de centro forward, y al puesto de wing derecho,

para coincidir, los dos, una vez más, con el pensar de Scalabrini Ortiz, evidente en los personajes de Alejandro: “Los hijos de los inmigrantes son genéticamente hijos de sus padres, pero son culturalmente hijos del país”.

Revelarnos lo desconocido y revelarlo en porteño (ser de un lugar es don que también se cultiva), son los dos talentos de cabecera en Dolina.

Gracias a ellos nos damos cuenta de que realidades bellas y poderosas en su luminoso barniz, son el revelado dolinesco figurín de lo sombrío, el desconuelo y la debilidad:

“En la calle Bacacay hay una mujer hermosa. Tan hermosa que no es posible describir su aspecto, pues quien alcanza a verla se muere. La mujer está triste y desesperada.”

Así como lo que aparenta ser el casi todo es el casi nada, por los ojos de Alejandro nos enteramos de que el casi nada encierra el casi todo. En un tratado sobre el juego de la escondida, citando, ilustre Manuel, sus opiniones, dice:

“Manuel Mandeb, quien creyó entender que la escondida era un juego sin límites. Para el pensador árabe la escondida perfecta debía ser jugada por toda la estirpe humana, su escenario era el universo y su duración, la eternidad. Así, el propósito final de la Historia puede consistir en el nacimiento de un futuro Elegido, que se encargará de librar para todos los compañeros en un acto que marcaría el fin de los tiempos...” (Táctica y estrategia de la escondida).

“Los colectiveros de Flores dicen que entre los miles de boletos que venden hay uno —sólo uno— cuya cifra expresa el Universo. Quien conozca esa cifra será sabio” (Los Narradores de Historias).

Merced a las clarividencias de Alejandro Dolina de-

beremos convenir en que las gentes vivimos y actuamos agrupadas también de otra manera que la consabida y supuesta.

En planos más profundos y decisivos que las agrupaciones deportivas o políticas, discurren influyentes logias, conciliábulo y cofradías que la mirada de Dolina detecta en el alma social de Buenos Aires: los Brujos de Chiclana, los Refutadores de Leyendas, los Muchachos Cruels, los Narradores de Historias, los Amigos del Olvido.

Hay, aún, una hermandad poderosa y sufriente en la que militan infinidad de personas, muchas de ellas incluso sin saber que pertenecen a su padrón: los Hombres Sensibles. Devota del Ángel Gris, dicha cofradía disfruta de tantos militantes —voluntarios o no— como de enemigos. Bien que lo sabe Ud., Mandeb, en sus claridades y resignaciones.

Cuando, transcripto por Alejandro, se pregunta Ud. dónde diablos están los quinientos millones de bolitas que hubo en Buenos Aires hasta 1960, desechando por inaceptable su destrucción por el viento y por la lluvia, Ud. no delira: hay conjura contra el juego de la bolita. ¿Quiénes son los conjurados?

Tampoco delira Dolina al revelarnos la existencia de esos grupos sociales ocultos o semisecretos. Antes bien, nos ofrece inquietantes alertas a propósito de vastas corrientes de almas firmemente unidas en los sótanos de la vida cotidiana.

Cabe a una corporación cualquiera cambiar de objeto —la desaparición de los tranvías, para los transportistas—; a un movimiento político, cambiar de programa de gobierno y de acción; a un club de fútbol, cambiar de camiseta y de barrio, y perdurar bajo el mismo nombre. A la organización sindical, al partido político, al club les

cabe, también, la desaparición lisa y llana. Muy legítimamente estas militancias nacen de místicas abstracciones. Contrariamente, el amar el olvido, el refutar leyendas, el ser sensible o la crueldad de los muchachos son acciones ubicuas, ejercidas por personas que no han menester de divisas o sedes para identificarse entre sí en el ejercicio de su poder, constituyentes de grupos cuya única posible finitud es la finitud de la especie.

A esta clase de unión humana inextinguible pertenece otro tipo de congregaciones, esas patrias del tiempo para gentes de la misma edad que llamamos generaciones. Asociaciones tácitas ante cuyo poderío simultáneo y ante cuya variada autoridad —fundada en el criterio, en el capricho, en la naturaleza o en universales atropellos de unas sobre otras—, Alejandro Dolina ha preferido un sabio papel conciliador a la vez que crítico. Con discreción —de inteligencia y de modo— intenta dar noticia a esos grupos no de sus connaturales diferencias sino de sus valores comunes en los códigos nacionales, éticos y estéticos. Y, por igual, deja entrever Alejandro los desencuentros irremediables: no quiero alborotar vanamente su nostalgia, Mandeb, recayendo en su in-suceso amoroso con la niña de la calle Páez.

La realidad develada por Dolina es más imperiosa y duradera que la que discurre ante nuestras miradas de incautos.

Y con cada revelación —empujón hecho de contrastes y claroscuros— la reacción humana pertinente: la sorpresa. Nos toma él desprevenidos, mostrándonos y demostrándonos de modo seductor algo que para él es natural y para nosotros extraordinario.

En el preciso momento de sorprendernos —igual que la adrenalina fluye desatada en nuestro cuerpo por la desazón o el miedo— se derraman en nuestro espíritu los

humores inmateriales: melancolía, serenidad, fastidio, nostalgia, embriaguez, alegría. Los malos y los buenos humores.

Los provoca Alejandro en nosotros con su bella y cautelosa manera de desnudar la vida en torno, que nos hace sentir amados y respetados: intuimos que sus sorprendentes noticias del mundo son serias —que involucran verdaderamente a su ser—, y que nos alcanzan húmedas de ternura en su repercusión desencadenante de los humores secretados por lo humano.

Algo aún, buen Mandeb. Jacques Brel en su “Canción de los Viejos Amantes” dice: “En esta habitación sin cuna...”. ¡Es tremendo! Si en esa habitación de los amantes hubiera una cuna, ya no serían dos amantes, sino los tres de la familia humana.

Es, bien lo conoce Ud., el misterio del lenguaje poético. Cinco palabras de esa lengua especial dan justo para expresar concluyentemente todo un orden de nuestra existencia.

También este lenguaje es don de Alejandro. En el Corredor del Olvido instalado por los Brujos de Chiclana podía borrarse uno cualquier cosa de la memoria:

“Según dicen, recorriéndolo diez veces quedaba uno como un recién nacido, limpio de ayer.”

Con la poesía, el léxico. Recuerda Ud., Manuel, aquella cuarteta de Celedonio Flores: “De Esmeralda al norte, pa'l la'o del Retiro, / Montparnasse se viene al caer la oración: / es la francesita que, con un suspiro, / nos vende el 'engrupe' de su corazón”. Subrayo la palabra “engrupe” porque ella sola, única voz canyengue de su estrofa, da a ésta su poderoso acento lunfardo. Tradición poética, y de técnica poética, que nos trabaja como un instinto del buen gusto reo, presente siempre en Dolina:

“Los hombres sabios no se burlaban del ruso pues

comprendían que estaba poseído del más sagrado berretín cósmico: el hombre quería vivir todas las vidas y estaba condenado a transitar solamente por una.”

En la hermosura de las frases, como flotando y aromándolo todo de porteñismo, hay tres toques: uno de lunfa patente en “berretín”; dos, sutilmente empleados: “Los hombres sabios” (agrupación como dolinesca fundada por Alberto Vaccarezza en el tango “La copa del olvido” en 1921), y tres, “ruso” por judío.

La virtud poética de Dolina, impartida aquí y allá, en charla o prosa escrita, aparece en él casi siempre discernida a la poesía que se canta.

Alejandro es músico y es cantor y su poesía porteña —y su hermana mayor, la poesía criolla— no puede más que fluir engarzada en límpidos aires de tangos, valsecitos y milongas. O de un copleerío tablonero y murguístico que va matizando con pianísimos o mezzofortes, del adaggio al allegro, la sinfonía atorrante y libre de su estilo hablado y escrito:

*Aquí bailan las sirenas,
Sirenas de Santa Rita,
lo que te dan con el cuerpo
con el alma te lo quitan.*

Atorrante; libre; estilo; hablado; escrito. Acorde de cinco ideas que adquiere relieve en cualquier relato fiel de Alejandro.

Más acá de sus orígenes lexicales y de arbitrarios usos, lo “atorrante” y el “atorrantismo” han gozado de florecimientos intelectuales y emocionales que proponen desde modos de andar, de hablar, de cantar y tocar instrumentos, de escribir, hasta toda una manera de la existencia.

El atorrantismo ha prosperado como una suerte de correspondiente rioplatense de la bohemia europea. Nació ésta con los errantes gitanos y se aplicó a la vez, con el mismo sentido, como denominación del destino que corrieron artistas y pensadores, cuando reyes y cortes abandonaron sus mecenazgos, y la mishiadura reinó.

El atorrante, intérprete local del bohemio parisiense o vienés, es, pues, por definición existencial, anticortesano. Y es romántico, libre, peregrino, nocturno, pícaro y semiclandestino, aventurero y escaso de economía en su devoción por Dios “que aprieta pero no ahorca”. Amigo del arte, de las mujeres, del vino y del tabaco, “se recuerda la nula cualidad de los Hombres Sensibles para los negocios”, dice Dolina, ratificando que los mejores hombres de esa calidad son atorrantes.

Como en otras filosofías agrupantes de lo humano, los oficiantes del atorrantismo muestran completos espectros jerárquicos, de lo vasto a lo elaborado, de lo sucio a lo impoluto, de lo cocolichesco a lo elegante, de lo torpe a lo inteligente.

Alejandro Dolina no es sus atorrantes personajes, querido Manuel Mandeb. Pero a nadie escapa que es un atorrante elegante y refinado. Así, su popularidad no es obra de imposición alguna sino del talento seductor y atorrantísimo, que deja en libertad realidades secretas porque antes es libre él mismo, y el hombre en libertad no corre riesgo alguno de ser desenmascarado de ninguna máscara.

Hablado y escrito. Lástima no haber tenido el privilegio de haber tomado unos mates o bebido un café con Roberto Arlt o con el Viejo Pancho: ahora sabría si sus modos de hablar se correspondieron o no con sus escritos.

No es reparo sino, apenas, síntoma diferenciador: he

tratado y admirado a poetas y narradores cuyo modo oral en nada se pareció a sus poemas y cuentos. Por el contrario, conozco a Atahualpa Yupanqui, que navega la palabra de la charla al canto y del canto al recitado con el mismo estilo con que nos envuelve desde sus páginas impresas.

Igual que Atahualpa, como en Homero Expósito y en Discepolín, oír o leer a Dolina resultan la misma cosa. En el enigma de la expresión, idear y sentir, describir y analizar, evocar y presagiar, lo reflexivo y lo transitivo, ordenan en Alejandro acciones con sujetos, adjetivos, preposiciones y modos adverbiales que se acoplan, se armonizan y frasean idénticamente en lo escrito como en lo dicho.

Al leerlo en su crónica sentiremos más que nuestra voz, la voz de Dolina leyéndolas, o diciéndolas, en emoción exacta a la de escucharlo en su trasnochante audición de radio o en este y aquel escenario que puede también ser su casa o el bar de la esquina.

Quizá Cervantes no hablaba como escribía, lo cual no acreditaría, de saberlo, nada más que reencontrarnos con la bendita diversidad de los hijos de Dios.

Pero en el talento que nos es coetáneo y que uno conoce bien, ese don se complace en devenir valor ético, cuya precisión, Mandeb generoso, me atribuye cuando pertenece a Ortega y Gasset, quien, dijo de paso, disfrutaba del mismo don que Dolina. Decía el maestro castellano que la “sinceridad” es una instantánea virtud de los nervios, a diferencia de la “veracidad” que es una decantada virtud moral.

Alejandro Dolina es supremamente veraz. Afirmo que es veraz hasta lo angustioso. Porque al convertir dos géneros del arte de la palabra en uno solo, este único arte se rige en él por un estilo que, como el pimpollo en su

rama, el corcovo en su potro, la luz en su astro, la ola en su mar, viene entrañablemente de la vida entera de Alejandro; de su propia vida trabajada y arduamente sometida a la prueba perenne de las verdades, para que un único latido celeste anime a un tiempo su estilo de ser con su estilo de hacer. Es el arte por excelencia arrancado al arte de vivir: creación estética en la expresión del ser.

En los párrafos últimos de esta carta con involuntarios síntomas de prólogo que nadie escribirá y de conato antehistórico del estudio cabal que inexorablemente alguien hará sobre Dolina y su obra, agrego un par de saludos: el primero, jubiloso, para el advenimiento de un clásico de las letras porteñas: era “una empresa atrayente para un hombre de corazón”. Y otro para usted, apreciado Manuel Mandeb, deseándole suerte y buenos pensamientos en ocasión de la Navidad. Y ¡feliz década!, a partir del 1º de enero venidero.

Con el fraterno abrazo de

Horacio Ferrer
*En el Vapor de la Carrera,
era Nochebuena del '87*

Carta tercera y última

Sr. Horacio Ferrer
Barrio de la Recoleta

Amigo querido:

Su módica fama de vagoneta peripatético ha sido ratificada; no se ha prodigado Ud. en demasía al contestar mi anterior misiva.

No se lo reprocho: nuestros insanos hábitos de fines de diciembre lo excusan.

De nuestra común decisión de negarnos a prologar su libro, no por inamistad sino, muy por el contrario, basados en principios que él comparte e imparte públicamente.

Quizá convendría mostrar a Dolina copias de las cartas intercambiadas entre Ud. y yo en días recientes, llevadas y traídas por el Ángel Gris.

Espero que él se persuada del alto acto ético y de la demostración de afecto que representa de nuestra parte, haber dejado a su libro despojado de todo prefacio. “La recompensa del artista es ser amado” y no las “palabras liminares”, “canceles”, “exordios” y “proemios” en los que el prologuista no hace más que amarse a sí mismo. (Narciso al cuadrado cuando es el propio autor que se prologa.)

Le agradezco y retribuyo los deseos navideños, con protestas de afecto y reembolso de esperanzas.

Un abrazo por lo menos igual al suyo de

Manuel Mandeb
*En el sótano del bar “La Perla de Flores”,
era ¡28 de diciembre de 1987!*

Nota de 1996

Las copias de las cartas precedentes jamás llegaron a mi poder. Con los años he llegado a sospechar que Horacio Ferrer es el autor de todas ellas. Giros tales como “vagoneta peripatético” o “puro eco espumado a la amistad”, son más propios de la prosa elegante de Ferrer que del modo penoso en que Mandeb se arrastraba en sus escritos.

Varias veces le he pedido al Poeta de la avenida Alvear que me mostrara los manuscritos originales. Hombre

diestro en el arte de la excusa barroca, me dijo que los había perdido.

Es evidente que Ferrer falsificó esta correspondencia para evitarse el trabajo de escribir un prólogo. Los hombres nobles eluden un esfuerzo realizando otro mucho mayor. Por no arrancar una rosa, construyen un palacio. Por no escuchar un reproche, ejercen la rectitud toda la vida. Por no bajarse del caballo, conquistan el Asia.

A. D.